

Esta Medios de Comunicación Social del Estado (MCSB)

REDACCIÓN ADMINISTRACIÓN Y TALLERES: Huertas, 73. Apartado 517. Teléfono 227 39 81. Madrid-14.

Depósito legal: M-16 / 1982

Crónicas callejeras

Arturo PEREZ REVERTÉ

BUENO, ¿Y AHORA QUE?

UNA mano homicida y justiciera le ha pegado un tiro a Jota Erre, y con él —hasta que resucite en octubre— todos hemos muerto un poco. Porque a fuer de puro malo, Jota Erre era, después de todo, el

único ser humano vivo de todo ese condenado y morbosamente atractivo folletín televisivo que protagonizaba. Frente a un papá Jock y una mamá Ewing rebozados en mermelada, frente a una enanita rubia algo

pendón, cuya inteligencia rayaba en la subnormalidad profunda; frente a un Clif Barnes malo, pero guapo; una Sue Ellen borracha y madre desnaturalizada, una Pam demasiado teta y un Bobby casi gilipollas de puro bondadoso, Jota Erre iba por el mundo paseando su cara de Cain con la cabeza muy alta, pidiendo guerra y plenamente consciente de su misión en la vida: ser malo para que los otros —pobres desgraciados— pudieran permitirse el lujo de creerse buenos.

El que más y el que menos, en algún momento de su vida, ha pensado que le gustaría pegarle un mí-nimo de siete tiros a Jota Erre. Y el hombre ha estado cada semana en la pantalla de televisión dispuesto a atraer nuestros balazos, como un pichón en el tiro de pichón, consciente de que en cualquier momento una mano airada, vengativa o justiciera podía agujerearle el sombrero con la cabeza dentro. Jota Erre se convirtió, por propia voluntad, realizando un supremo sacrificio, en el chivo expiatorio de todas nuestras fobias, inquietudes, odios e impulsos criminales, para dejar a salvo de ellos al resto de sus familiares y conocidos. Cargó con la cruz de nuestros pecados y se inmóvil por sus semejantes. Murió —de momento— para que los otros vivieran.

Porque si no, ¿quién habría podido evitar el impulso —absolutamente legítimo— de darle una patada en los riñones al anciano, arrepentido y conmovido papá Ewing? ¿Quién no habría deseado encontrarse a la dulce mamá Ewing en

un callejón oscuro para robarle el bolso? ¿Quién no habría violado a la sobrina pequeña y parvulita? ¿Quién se habría resistido a despeñarse a Bobby por un barranco, a romperle la cara a Clif Barnes, a estrangular a Sue Ellen, a ponerle un pie a Pam?

Con un esfuerzo constante y abnegado, Jota Erre ha luchado día a día, hora a hora, por impedir que nada de ello ocurriese, por lograr convencernos de que el mal, merquino, cínico y perverso era él. Y aceptó desde el principio, con alegría y resignación, que se le adjudicase ese odioso sambenito, llegando incluso, en su espíritu de sacrificio, a acostarse periódicamente con esa víbora de Kristin, la hermana de Sue Ellen. Porque es evidente que a la tal Kristin hay que echarla de comer aparte. Cuando uno veía en la pantalla a Jota Erre abrazar a su malévolu cuñada, con toda conciencia de que era malévolu y era su cuñada, no podía menos que pensar en el domador que mete la cabeza en la boca del león para que el público se lo pase bien. Aquello era Sansón entre los brazos de Dalila. Holofernes en el lecho con la traicionera Judith, Jean Paul Belmondó junto a Catherine Deneuve en «La sirena del Missisipi». Aquello era el rien ne va plus de la sangre fría, del valor, de la abnegación llevada hasta el más extremo de sus límites. Aquello era todo un Jota Erre con dos pares de narices.

No sé qué diablos vamos a hacer hasta octubre para soportarnos los unos a los otros sin Jota Erre.



● "No sé qué diablos vamos a hacer hasta octubre sin Jota Erre"

17-VIII-82
HACE CIENTO AÑOS



«Si no son más que dos personalidades las que componen y forman la famosa disidencia, como él la llama; si sólo el señor Fiori, en Madrid, y don Víctor Balaguer, en Barcelona, son los que han dado vida a ese engendro, ¿a qué pasar tantos cuidados por pulsar hasta sus menores movimientos? Si nada valemos ni representamos; si el duque de la Torre y López Domínguez, y Beranger, y González Fiori, y Linares Rivas, y Díaz Romero, y don Vicente Romero, y Marín, y Orezco y alguno que otro más, no son nadie ni significan en España ni en política nada, ¿a qué esas prisas porque contestemos a sus preguntas?» (Recogido de «La Reconquista», de Barcelona.)

HACE CINCUENTA AÑOS

De las declaraciones del presidente del Consejo, señor Azáña, a los periodistas, al recibirles en el Ministerio de la Guerra: «La República es inmovible. De esto se han de convencer sus enemigos. No digo la sublevación de una guarnición; ni la de todas podrían derribarla. Con su fuerza podrían detener a las autoridades, incluso suprimirlas, suprimir al Gobierno; pero el pueblo republicano seguiría en pie, y cuanto más violento fuese el ataque de los enemigos del régimen, de mayor violencia habría de ser la reacción de este pueblo.» («EL SOL»)

(Memorialista: J. T.)

EL FUNDAMENTO DEL TIEMPO

José Luis MARTÍN ABRIL

SE dice —para intentar justificar infinidad de situaciones o aventuras personales— que cada vez tenemos menos tiempo. Y no es cierto. Siempre tenemos el mismo tiempo. Pero hay que saber encajar inteligentemente las cosas, las actividades y hasta las pausas dentro del tiempo de que se dispone. Goya pintó casi hasta los umbrales de la muerte. Cansado, sí, pero enloquecido por la pasión de vivir y por el miedo de morir. Nos dice Eugenio d'Ors que don Francisco de Goya y Lucientes murió de alegría. También pudo morir de tristeza. No se sabe. Goya era un sujeto especial y en su tumba están los secretos de una vida. Dejo a Goya y sigo con el tiempo.

Si una persona se detiene en la calle con otra y ambas dedican media hora a relatarse insignificancias, lo que están haciendo es reducir las horas del tiempo necesarias para otros menesteres. Son quienes dicen:

—No he tenido tiempo para ir a verte a la hora convenida. Lo siento. Se me hizo tarde.

No es ello cierto. Es una evasión frívola. Se han utilizado las horas de diferente manera y el reloj sigue andando. Se ha perdido el tiempo.

En Londres, un español fue citado por un empresario in-

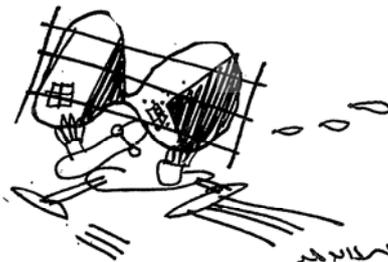
glés —ahora diríamos ejecutivo— a las once de la mañana para tratar de un determinado asunto. El español se produjo a la española y llegó al despacho del británico a las once y media. El inglés recibió al español con elegancia, pipa y cortesía, como corresponde en general a esta raza. Pero el tiempo pasaba

de manera, que si le parece, mañana a la misma hora, a las once.

A las diez y media del siguiente día el español estaba frente al edificio de la reunión en espera de que un reloj público entonasase las once campanadas. Y a las once en punto se inició la conversación de trabajo sin pre-

perdiendo el sendero, sembrado y el tiempo. Ya el trabajo de por sí, el que corresponde a cada cual, bien hecho, con amor y entusiasmo, es una buena siembra. Marañón se calificaba a sí mismo de «traperero del tiempo». Y Baudelaire decía: «Trabajar es siempre menos aburrido que divertirse.» En definitiva, frases que gozan de un valor histórico y genérico. Frases para no olvidar; frases para acostarse con ellas.

Pero en estos caminos o senderos no es necesario aspirar a la gran obra de arte. Basta con contentarse con el deber cumplido, con aceptar el momento cuando el ocio es conveniente para el alma y necesario para la paz de la conciencia. Porque a veces quien está sentado en el banco triste de una plaza está realizando con la mente un paseo por los campos de la ciencia o una escapada a las alturas de la poesía. O preparando con la imaginación un informe difícil, la sentencia comprometida, la carta inmoda o el equilibrio del presupuesto. Y, en tales circunstancias, el tiempo es fundamental y las horas se aprovechan con grandeza de ánimo o con filosófica melancolía. Ello no es, pues, perder el tiempo. De ninguna manera. Es acercar el tiempo a la vida.



"El tiempo es algo muy serio que hay que tomar en consideración"

y no se entraba en la cuestión de la cita. El español dijo:

—Bien, cuando usted quiera. —No; ya no. Habíamos quedado a las once y ya son más de las once y media. Ahora tengo que hacer otras cosas.

vias divagaciones... Resultó todo perfecto.

El tiempo es algo muy serio que hay que tomar en consideración. Yo compadezco a quienes a lo largo de la vida nada o casi nada han sembrado en el camino, des-

Crónicas callejeras



Arturo PEREZ-REVERTE

La guerra del soldado Martínez

● "Yo pensaba en Loli, mi novia, y en el tractor que dejé mal aparcado cuando me movilizaron"



CUANDO llamaron a filas a todos los reservistas me dieron un Cetme y me llevaron al frente.

—Tú te quedas aquí, Martínez—ordenó el sargento Peláez, adjudicándome una trinchera nuevecita para mí solo—. En cuanto aparezca el enemigo, lo frías.

Me puse cómodo y esperé, fumando un cigarrillo. Pasaron las horas y el enemigo no aparecía por ninguna parte. Llamé al sargento por mi radiotransmisor de campaña Sony PPK para preguntarle qué diablos pasaba.

—Tranquilo—me respondió—. Ahora están actuando los cazas interceptores todo tiempo, usando bombas guiadas por láser telemétrico en operaciones hi-lo-lo.

Era un argumento de peso. Puse un poco de salivilla en la mira de mi fusil y seguí esperando. Seis horas después volví a llamar al sargento.

—Hay que seguir esperando—dijo Peláez—. El componente aéreo ha dado paso al componente naval. En este momento las unidades de superficie en defensa circular libran un denodado duelo con los misiles-robot tipo «Lucrecia», a base de contramedidas electrónicas, dificultadas por el efecto «doppler».

Siendo así no había nada que objetar por mi parte. Me puse a escribirle una carta a mi novia del pueblo, mientras esperaba a que el efecto «doppler» dejase de hacer efecto. Por la noche el enemigo seguía sin aparecer.

—Es lógico—me informó el sargento—. Nuestros visores nocturnos de infrarrojos, que como sabes actúan por vídeo en siete canales, están detectando movimientos pendulares en las señales parásitas de los blindados enemigos. Eso significa que ahora la cuestión recae sobre los sistemas de armas integradas «fire and forget», siempre y cuando los cohetes guiados por instinto electrónico no inclinen la balanza a nuestro favor.

—¿Y cuándo disparo yo, sargento?—pregunté, ligeramente mosqueado.

—Tú disparas en cuanto el sistema de detección acústica «Rasura» indique la existencia de ecos hostiles avanzado en despliegue táctico hacia el punto de apoyo «Manolo».

—¿Y si veo al enemigo?—insistí.

—Si ves al enemigo, lo frías. Seguí esperando, pero por allí no asomaba nadie a quien freír. Se puso a llover y las balas se me pusieron perdidas de agua. Yo pensaba en Loli, mi novia, y en el tractor que dejé mal aparcado junto al campo del tío Eufrasio cuando me movilizaron. Al mediodía me llamó el sargento.

—Estate atento—me dijo—. Los aviones «Awacate», de reconocimiento aéreo, han registrado en sus pantallas de radar QWS-32 movimientos de columnas mecanizadas que, al parecer, cuentan con los te-

mibles proyectiles-dardo guiados por rastreo electromagnético del modelo «Ronnie».

—¿Eso es grave?—pregunté, comenzando a inquietarme.

—Depende—respondió Peláez—. Si los sistemas múltiples dotados con contramedidas electrónicas los perturban, no hay problema. Pero si ellos recurren a las computadoras de múltiple terminal para orientar su tiro de contrabatería guiado por bengala luminiscente del tipo «Rien-nevapulus», estamos jodidos.

—¿Entonces entro yo?—pregunté esperanzado.

—Entonces, los frías.

Agarré el Cetme y me puse a otear el horizonte. Seguí oteándolo durante treinta y siete días, pero por allí no asomaba ni San Pedro. Por fin me llamó el sargento.

—Oye, escucha atentamente—dijo—. Las divisiones de acción operativa enemigas no han podido traspasar nuestra barrera táctica escalonada que, dotada con elementos múltiples de acción inmediata, les ha opuesto una cortina disuasiva de potencia de fuego superior a la del 60 por 100 que preveían sus calculadoras electrónicas. Así que déjalo. Se ha terminado la guerra.

Y me fui a mi casa con la inequívoca sensación de que había estado haciendo el primo.

LOS ESCRITORES

Germán UBILLOS ORSOLICH

ME preguntaban en un reciente coloquio sobre mis obras dramáticas cuál era la motivación de los escritores al escribir; hablé del deseo de comunicarnos con los demás, del sentimiento de liberación de nuestra propia angustia y de satisfacción moral, del catarsis espiritual que ello supone, pero olvidé apuntar uno de los resortes más profundos y a veces inconscientes, como es el deseo de perennizarnos, de obtener en cierta medida la inmortalidad, de no querer morir. Ese deseo de que los demás nos lean más allá del umbral de nuestra muerte, de que quede una mijita de nuestra existencia, de nuestro pensamiento flotando en el éter, de que queden nuestros libros o nuestras comedias que, pensamos, es como no morir del todo, es algo que se me olvidó apuntar en el coloquio del que hablo.

Ese metafísico deseo, voluptuoso pero legítimo, nos juega, no obstante, a los artistas muchas malas pasadas. Recuerdo a un poeta amigo mío hinchándose co-



● "La eternidad literaria o artística no existe y esto es lo que descubrimos algún día los escritores de forma más o menos violenta o trágica"

mo un pavo después de haber terminado uno de los poemas que constituirían un libro. «Es sublime—me decía—, será el mejor libro jamás escrito por mano alguna.» En esa euforia post-creativa andaba como un gallito mirándolo todo muy por debajo de sus hombros. Ya se veía eterno. Esculpido en su propio molde. Y esa es, a mi modo de ver, la otra cara de la moneda, el narcisismo y la vanidad que se infiltran como vene-

nos en el alma de los escritores y que tanto daño pueden hacer. Voy al estreno de «Caimán» con fría calma, me decía Antonio Bue- nos meses antes de que su obra viese la luz. En el otro extremo—si bien que temporalmente—mi amigo se sentía a punto de estallar tras su poema, ya se veía sentado confortablemente en la enfermedad.

Pero la eternidad literaria y artística no existe y esto es lo que descubrimos

algún día los escritores, unos antes, otros después, de forma más o menos violenta o trágica. Nuestras creaciones son perecederas y podemos ocupar una página o una pequeña línea en una historia de la literatura o quizá nada. Nuestros libros serán leídos y después olvidados o también arrasados, desplazados, sepultados por la multimorfe de papel impreso que cada año, vertiginosamente, inunda el mercado; y si no son olvidados, resisten el paso de los siglos, el desgaste del tiempo, durarán lo que dure nuestro planeta, cuya vida, no debemos olvidarlo, es limitada. Y con el enfriamiento de nuestro Sol y la muerte de la Tierra, «Guernica» y la Victoria de Samotracia, «Cien años de soledad» y el Fausto, correrán la misma suerte, serán tragados por la nada, arruinados, destruidos. Y en las tinieblas siderales quizá quede un recuerdo nuestro, pero eso ya no depende de nuestras fuerzas, sino de lo que hicimos, sino de la esperanza en algo más que ese otro delicado y hondo misterio.

19 - VIII - 82

HACE CIENTO AÑOS



Leído en «El Globo»: «El suceso de ayer fue la carrera que desde Aranjuez hasta Madrid dio el andarín señor Borgossi, quien en pocas horas salvó las diez leguas que hay entre uno y otro punto. Hasta algún periódico ministerial vino anoche entusiasmado con este prodigio de velocidad. Y, sin embargo, debiera sentir el hecho aun cuando sólo fuese por las comparaciones. Porque todo el mundo recordará con tal motivo que los andarines fusionistas salieron en febrero de 1881 de la legalidad conservadora y todavía no han llegado más que a la ley provincial y alguna otra análoga. Es decir a las primeras estaciones de la carrera.»

HACE CINCUENTA AÑOS

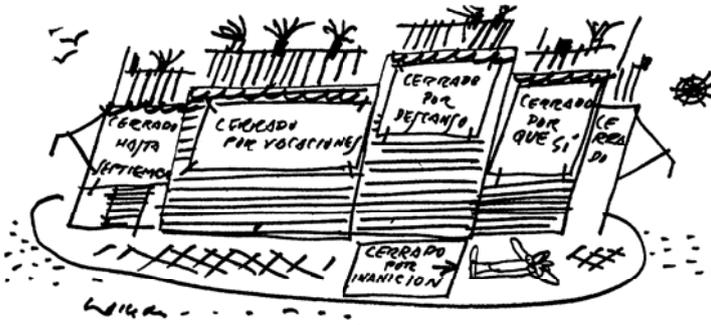
Recogido en «El Sol» «Recibimos de don Juan de la Cierva el siguiente telegrama, fechado en Biarritz, ayer: "Leo en "La Petite Gironda" un telegrama de Madrid, afirmando que a primeros de agosto se celebró en Biarritz, con mi asistencia, una reunión en la que se acordó acelerar el movimiento militar en España. Le ruego haga constar que es falso el hecho. Lamento la ligereza con que se acogen versiones maliciosas." Cierva.»

Memorialista: J. T.

Crónicas callejeras

Angel LAZARO

VACACIONES ESCALONADAS



● "Musicalmente al paisaje del otoño madrileño se le pudiera poner de fondo el coro de barquilleros de «Agua, azucarillos y aguardiente»"

DISCUTIAN los dos personajes sobre las vacaciones estivales de los madrileños.

—Es absurdo —decía uno de ellos— que casi todo el mundo se tome las vacaciones al mismo tiempo.

—Ya no tanto, hombre, ya no tanto. Hoy es ya muchísima la gente que se queda en la capital de Es-

paña durante los meses de verano o que veranea por turno.

A lo que alegaba el otro:

—Vamos a ver. ¿No es ilógico que no se encuentre un estanco donde poner un sello, una farmacia, el médico, el dentista...?

—Piense usted —replicaba el contemporizador— que en verano la

gente escribe menos cartas, se enferma uno menos... y le duelen menos las muelas.

Lo cierto es que cada año sale menos gente de Madrid en verano; es que éstos no salen de casa a las horas de calor, sino un poco caída la tarde. No hay más que ver los cines: la concurrencia viene a ser casi normal, como en los demás meses del año, gracias a la refrigeración. De manera que salir de Madrid en verano ya no resulta una necesidad impuesta por el clima: calor intenso en julio y agosto, frío extremado en invierno. Los viejos madrileños sostienen que la estación más lograda por lo benigna y sostenida es el otoño. Ni calor ni frío. Y las frondas doradas de la Casa de Campo con su lejanía velazqueña.

Musicalmente al paisaje del otoño madrileño se le podría poner de fondo el coro de barquilleros de «Agua, azucarillos y aguardiente» o los acordes entre melancólicos y garbosos de «Doña Francisquita», del catalán Vives, quien confesaba que al escribir su inmortal partitura se propuso convertir en zarzuela grande lo que era sainete en «La verbena». Y, en efecto, donde termina de cantar el Julián de Bretón se dijera que empieza el enamorado Fernando Soler, a quien lo trae a mal traer Aurora la Beltrana.

—¿Por qué han de cerrarse casi todos los teatros en Madrid durante el verano? —prosigue el diálogo.

—Hombre, porque, aparte de algunas compañías que salen a provincia, hay que dejar descansar a los intérpretes, que también son hijos de Dios y merecen un respiro. Además, hay compañías, la de Lina Morgan sin ir más lejos, que trabajan con llenos diarios en el verano madrileño. Y aunque lo hace en un teatro de barriada popular, digamos, actúa con público de todas las clases sociales, que eso es el verdadero público teatral. Ahí tiene usted una lección escénica: sainete, comedia, revista; actriz, cantante... ¿La ha visto usted?

—Me parece que es usted lo que se llama un madrileño castizo.

—¿Y por qué no? Castizo, si viene de casta. Todo lo que tiene casta, es decir, autenticidad, está en el orden, como decía el personaje famoso, más real que muchos de carne y hueso.

Y ahí dejó el diálogo de estos dos veraneantes madrileños el cronista a quien le van sentando los veranos de Madrid, con vacaciones escalonadas, como parece ser que van lográndose evolutivamente.

21-VIII-82

HACE CIENTO AÑOS



«Varios colegas han manifestado extrañeza por el nombramiento del señor Sánchez Mira para el cargo de gobernador de una provincia importante de las islas Filipinas, y aún alguno ha indicado que tal nombramiento fue recibido con disgusto por tan bravo y distinguido militar. Absolutamente contrario, porque nuestro querido y particular amigo va gustoso a dicho punto, aunque por otro lado le aflige abandonar por algunos años siquiera sean pocos el país donde tantas simpatías cuenta y tantos amigos le aprecian con verdadero cariño.» (El Globo.)

HACE CINCUENTA AÑOS

De las declaraciones del ministro de Agricultura, Marcelino Domingo a un redactor de «La Voz»: «Que la ley de expropiaciones es violenta? Cuando con mis colaboradores yo la articulaba no lo pensé así. Pensé más pronto que era una ley reparadora. Y que no nacía de nuestro impulso, sino del impulso que nos imprimían los adversarios de la República. Yo quisiera hacer ante estos adversarios de la República unas reflexiones serenas. La República no se produjo para cambiar solamente el color de la bandera y sustituir el poder de unos hombres por otros. Se produjo, además y fundamentalmente, para realizar una obra. La obra que había realizado ya toda Europa en el orden civil, en el político, en el agrario, en el social, en el militar y que España, por la Monarquía, retrasándose anquilosándose, disimulándose en su jerarquía histórica no había realizado aún.»

(Memorialista: J. T.)

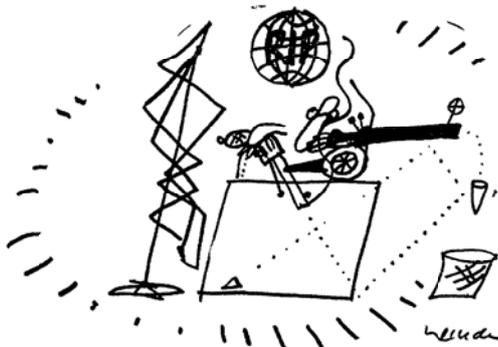
LOS ACTORES POLITICOS

Arturo PEREZ REVERTE

RONALD REAGAN, ese chico lúcido y tierno que actualmente mora en la Casa Blanca, ha introducido en las esferas de la política un personaje de nuevo cuño: el actor metido a presidente. Y, dicho sea entre paréntesis, no lo ha hecho del todo mal, al menos como presidente de los Estados Unidos. Por poner un ejemplo, si sus predecesores se dedicaron con entusiasmo a masacrar japoneses, vietnamitas y negros, Reagan ha estado a la altura de las circunstancias, contribuyendo en la medida de sus posibilidades a masacrar argentinos, palestinos, libaneses y negros. Lo de los negros es una constante histórica que no deja de tener su cierta gracia.

Sería curioso comprobar el efecto del actor convertido en político a la inversa: el político convertido en actor. Especialmente en España, donde a menudo ocurre que uno no sabe a ciencia cierta si lo que tiene delante es un político actuando o un actor político.

Puesto que la imaginación es una cosa por la que todavía no han encontrado la forma de hacernos pagar impuestos, utilicémosla mientras su ejercicio sea gratuito. Imaginemos, por ejemplo, a Leopoldo Calvo-Sotelo —hombre



● "Manuel Fraga encarnaría maravillosamente al capitán Acab en una «remake» de Moby Dick, pudiendo incluso interpretar el papel de la propia Moby Dick"

fo, de rostro impenetrable, estilo Humphrey Bogart— sentado en el solitario bar de Rick, en Casablanca, con una botella de whisky sobre la mesa

y diciéndole a un Adolfo Suárez travestido de Ingrid Bergman: «De todos los bares del mundo tuviste que escoger éste.» O bien al propio

Suárez de protagonista en una película del Oeste —vestido de negro, con guantes y muchas pistolas, cabalgando en un cartujano prestado por Sancho Gracia—, procurando que le peguen el tiro en el hombro para que se enamore de él la hermana del sheriff, y chuleando al mismo tiempo a la chica del saloon, cuyos dólares se gasta en el póquer. Y en ese mismo filme, Agustín Rodríguez Sahagún podía interpretar el papel de amigo gordo, feo, simpático, fiel y borrachín del protagonista, ese que siempre muere al final entreteniéndose a los indios mientras el muchacho se aleja al galope con la chavala a la grupa.

Las posibilidades son inmensas. Landelino Lavilla bordaría el papel de pastorcillo en una película sobre el milagro de Fátima; Felipe González convertiría en un éxito de taquilla una película de amor rural con Anabela Molina a base de mucha escena de sexo en el pajar; Santiago Carrillo podría hacer de paná Jock Ewing en los futuros capítulos de la serie televisiva; Manuel Fraga encarnaría maravillosamente al capitán Acab en una «remake» de «Moby Dick», pudiendo incluso interpretar el papel de la propia Moby Dick...

Iba a haber botetadas para entrar en los cines.

Crónicas callejeras

Raúl DEL POZO

NO ESTA GONZALO

ENTRE las nubes de gasa llega el primer cierzo de Navacerrada y me siento ante la máquina de escribir con la cabeza llena de muerte. Es ese cierzo que para el corazón de los enviados especiales. Tal cierzo como éste se llevó a Cuco Cerecedo por estas fechas, y también ha denudado el corazón de Gonzalo Bethencourt. He llegado al periódico con la reocupación de iniciar mi artículo en esta página. Escribir un artículo como éste se llevó a Cuco Cerecedo porque estuvo jugando al póquer y

me mataron uha «trucha» de ases. A los burlangas, nos desvelan estos mensajes de mala suerte. Tuve que dormir con la luz encendida.

La oscuridad es un ejercicio de entretenimiento para la muerte y soy supersticioso. Así que llegué con mal fario; pedí la llave de documentación para leer los periódicos del día, y antes me acerqué a la puerta de enfrente, donde se solía sentar Gonzalo. No estaba. En los últimos meses, siempre charlaba un poco con él, y algunos días nos íbamos a comer

juntos. Me llamaba para que le marcara un número de teléfono, y cuando estábamos en el restaurante le tenía que trocear el filete de ternera porque ya tenía los dedos paralizados. La última vez que lo vi tuve que abrocharle los botones de la bragueta. Se le iba quedando el cuerpo dormido, y en sus ojos se adivinaban las últimas miradas. Esta tarde, Gonzalo no estaba, y por fin lo encontré a tres columnas, en la página 5, del diario PUEBLO: «Ha muerto Gonzalo de Bethencourt.» Pocas columnas para un reportero de cinco, de portada, de primera, para un enviado especial, que estuvo siempre en los palacios presidenciales cuando los picaban los «fantón» o en los cordobazos de América o descubriendo bajo un romero el fusil que dejó el Che. Por eso Gonzalo olía a pólvora y a oro. Era una especie de indiano del periodismo que se había venido a morir a la Redacción, después de que lo hiriera de muerte el altiplano.

«Gonzalo —le había dicho yo—, vete a Rumania. En esas clínicas hacen milagros.» Y él me miró, con el güisqui torpe en sus manos muertas, y entendí que esperaba, ya sin

resistencia, su último y definitivo viaje de enviado especial. Me dijo que le gustaría irse a Colombia, buscando la querencia, donde dormía siempre con un asesino guardaespaldas, tendido ante la puerta, porque había ministros que le querían matar.

YA no está Gonzalo enfrente y ya no tenemos quién nos escriba de las Repúblicas bananeras, de los naturales de Antonio Ordóñez, de los golpes de Estado que pierden los pobres. Gonzalo y Domingo Dominguín se están fumando un puro en un burladero de Macondo, donde se está toreando a un dictador. Tenía cincuenta y cinco años y se lo había leído, se lo había escrito, se lo había ensañado o se lo había bebido todo. Se fue con las manos dormidas, pero no vacías. Aventurero, bohemio, como un americano imposable, como un Hermingway sevillano, señorito y marxista, se conocía el mapa de América, sus guerrillas, sus garitos y sus insurrecciones. Ya no está ahí, en la habitación de enfrente. De todos los compañeros es el que ha pisado el último viaje. Se ha ido de enviado especial al otro mundo porque éste se le quedaba pequeño.

"Era una especie de indiano del periodismo, que se había venido a morir a la Redacción, después de que lo hiriera de muerte el Altiplano"



Carta a Gonzalo, después de muerto

QUERIDO Gonzalo: No sé si se puede escribir a un muerto, pero como eras un HOMBRE y un periodista con «eme» de grande y no de mierda, me permito la libertad de hacer uso de esa Libertad que tanto te gustaba. Recuerdo cuando de repente tú, siempre tan lozano, apareciste, en el penúltimo viaje latinoamericano, con el pelo blanco, con la mirada de quien ha perdido un amor y con el vacío del corazón que tienen los héroes de Conrad. Porque tú eras como un héroe de Conrad, y en tus últimos tiempos, de oscuridad, más aún si cabe.

Por no creer, tu no creías ni en el inconsciente. Sin embargo, tenías una maravillosa fantasía, un gran amor a la humanidad, una fe en la amistad. Tenías los pies en la realidad y conocías tu inmediata muerte. Tus manos regordetas, torpes a causa de la extraña enfermedad, no podían escribir «La esquina» ni atarse el cinturón al salir del lavabo, ni abrir la botella de agua mineral o coger el asita de la taza del café.

Te lloramos, Gonzalo, porque ya no inspirarás Lilis ni tendremos más Navidades contigo, ni más amor de amigos. Gracias por haber existido, porque has sido nuestro vecino, por tu calor del padre que no tenemos, del amante que tampoco tenemos, por darnos sentido a la soledad del hombre y de la mujer.

Un abrazo,



LILI

Los viejos reporteros nunca mueren

Arturo PEREZ-REVERTE

HACE un par de días, un viejo compañero de este periódico nos proporcionó esa última exclusiva que todo periodista termina protagonizando tarde o temprano: su propia muerte. Sobre él han escrito ya sus amigos las debidas notas necrológicas, y eso ya es suficiente. No vamos a extendernos más en glosar la figura del fallecido, entre otras cosas porque él mismo sabía que está en el triste destino de la condición periodística que, a quien tantas veces dio informaciones publicadas a toda página, se le despidió del oficio y de la vida con un recuadro a dos o tres columnas, en páginas interiores.

Y bien pensado, ¿para qué más? Haría falta demasiado papel, demasiado espacio, demasiadas columnas para poder contarles a los lectores, suponiendo que hubiera lectores interesados en ello, lo que se lleva dentro el ataúd de un viejo reportero cuando emprende el viaje para el que nadie le metió en el bolsillo un billete de vuelta. Los puritanos se escandalizarían, los administradores del diario se subirían por las paredes, las redactoras jovencitas volverían el rostro ruborizadas, los

alumnos de la Facultad de Periodismo se quedarían con la boca abierta y en el futuro se tomarían ya siempre a cachondeo a sus catedráticos... La lápida que se cierra sobre la tumba de un viejo reportero cubre no una, sino mil vidas complejas, redondas y perfectas. Y la muerte, esa última compañera, no roba ya nada: tan sólo se lleva consigo una piel vacía, cuyo contenido se ha ido gastando generosamente, exprimiendo la vida hasta la última gota de lo que podía dar de sí.

Hay una canción, compuesta por un colega francés, que habla de la libreta de direcciones de un reportero, en la que existe la más dispar reunión de gentes que pueda ser posible imaginar, señalando que sería un curiosa fotografía de Prensa si todas ellas estuviesen presentes en su entierro. Y así es. Desde la princesa altiva a la que pesca en ruín barca, desde el jefe de Estado hasta el camarero de un bar de mala muerte en algún rincón oscuro del mundo. Borracheras interminables, ceniceros repletos de colillas, tazas de café, noches de insoportable al teléfono o el telex, amaneceres en la redacción frente a la

... "Aunque el cáncer, los años o una enfermedad desconocida terminen enviándolo a uno allí a dónde no hay télex ni teléfono para contar lo que pasa"

máquina de escribir, a medio camino entre una partida de póquer y una cita amorosa... Aeropuertos, informaciones exclusivas, encaje de bolillos con la nota de gastos, carreteras polvorientas de África o América Latina, guerrilleros, sangre y niños bajo las bombas, ciudades arrasadas por terremotos, hoteles de lujo, hoteles miserables, Chivas Regal y matarratas, momentos de gloria y momentos de fracaso, enfermedades a solas en la habitación de un hotel de Hong-Kong, sin un amigo a mano que le suba a uno aspirinas...

Muchachas hermosas, casas de putas, sobornos, amigos que se hacen en cinco minutos y que duran toda la vida, dinero a espaldas, números rojos en la cuenta bancaria, tarjetas de crédito, mujeres a

las que no hay forma de quitarse de encima, mujeres que lo abandonan a uno... Y esa eterna soledad ante el espejo de cualquier habitación, de cualquier hotel, de cualquier ciudad, de cualquier maldito país, preguntándose qué puñetas está uno haciendo allí en lugar de ser un tipo adulto y razonable y vivir como todo el mundo.

Pero aunque después la vida pase la factura, aunque el cáncer, o los años, o una enfermedad desconocida terminen por enviarlo allí a donde no hay ni télex ni teléfono para contar lo que pasa, el viejo reportero sabe dos cosas: que nadie le va a quitar lo bailado y que ha vivido. Y que siempre habrá un compañero que levanta por él un vaso, brindando mientras escucha en silencio la lejana resaca de su vida.